

varte y para preservarte de los que querian abusar de tí! ¡ojalá puedas librarte de los males que te conducirían á tu ruina! ¡ojalá puedas, fiel al Dios que te protege, proseguir en la senda de la justicia! Mi alma ruega por tí, á fin de que quedes firme en los días de sufrimientos, que tus hijos sean bendecidos por el Señor, y que tu pueblo se salve con su poder. El amor que te profesó ha sido grande, y tu memoria enternece mi corazón y anega mis ojos en lágrimas. ¡Que el Dios eternamente fuerte te mantenga y te conserve en la paz y para su gloria!»

El viaje de Penn á Inglaterra solo tenia por objeto afirmar el engrandecimiento y la prosperidad de la colonia: toda su vida tuvo este proyecto. Ya envidiado, ya favorecido, Penn estuvo espuesto á falsas acusaciones que hicieron resplandecer mejor su virtud; perdió y recobró sucesivamente su gobierno, y cuando, despues de muchos años de ausencia, volvió á Pensilvania, fué recibido como un padre.

LIBRO TERCERO.

PROGRESOS DE LAS COLONIAS DEL CANADA; VIAJES DE LOS MISIONEROS; ESPEDICIONES DE LA SALE A LA LUISIANA; ASPECTO JENERAL DE ESTE PAIS; INFLUJO DE SU DESCUBRIMIENTO EN LA SITUACION DE LOS INDIOS; SUCESOS HASTA LA PAZ DE RYSWICK; ESPEDICION DE IBERVILLE; CONTINUACION DE LOS SUCESOS HASTA LA RUINA DE LOS NATCHEZ.

Las colonias inglesas, cuyo oríjen y primeros engrandecimientos nos hemos encargado de desarrollar, se estendian sobre el litoral del Atlántico; y las posesiones de la Francia, situadas mas al norte, solo tocaban con ellas hácia la Acadia y hácia la conca del rio San Lorenzo. El teatro de sus rivalidades se hallaba limitado á esta frontera. Pero luego recibieron nuevos alimentos las discusiones de las dos potencias, y se despertó la atención de la Inglaterra con el engrandecimiento progresivo de las colonias francesas, cuando

no deteniéndose ya estas en el lado septentrional de los grandes lagos, avanzaron hácia el mediodía y vinieron á estenderse hasta el golfo de Méjico.

Despues de haber fundado la ciudad de Mont-Real en una gran isla del rio San Lorenzo, hácia la cual se encuentran las primeras caídas, conocidas con el nombre de Salto de San Luis, los Franceses hicieron erijir en la orilla meridional del rio el fuerte de Richelieu, situado á la embocadura del rio de los Iroqueses: era su objeto contener con mas facilidad á esta nacion salvaje; y en seguida se levantaron otros dos fuertes, uno cerca del lago Chambly y otro cerca del lago Champlain, para proteger con ellos las comunicaciones con el San Lorenzo. Sobre todo se habia probado de prolongar los establecimientos franceses hácia el oeste; los cultivadores, los negociantes y los misioneros pasaban al norte de los grandes lagos, sea que fuesen allí mas favorablemente acogidos por los Indios, sea que el tráfico de la peletería fuese mayor en aquellas riberas; y se habian establecido plantaciones, factorías y habitaciones para los naturales del pais, á quienes se procuró atraer á la vida social.

A fin de proseguir pacíficamente estos proyectos de colonizacion, el gobernador del Canadá, Courcelles, se habia limitado á tener relaciones amistosas con los Algonquinos y los Ottowayos, los cuales, despues de la destruccion de los Hurones, eran las naciones mas numerosas y célebres del Canadá; quiso aprovecharse de su buena disposicion y su influjo sobre los demás Indios, para estender, con su adhesion, la soberanía de la Francia sobre las comarcas occidentales. Nicolás Perrot, viajero instruido, que hablaba los idiomas principales del Canadá, recorrió los acantonamientos de las diferentes tribus, para determinarles á enviar diputados al Salto de Santa María, donde debia tambien hallarse un representante del rey de Francia. La cascada de que toma su nombre este sitio está

en medio del estrecho que separa el lago Huron del lago Superior, y esta situacion da una idea de la estension que tenian á la sazón los establecimientos franceses.

Concurrieron á esta reunion los diputados de todas las naciones del norte; estaban dispuestos á condescender con los deseos del gobernador del Canadá; y cuando su enviado les pidió que reconociesen al rey de Francia por su gran jefe y que se pusiesen bajo su proteccion, esta demanda, que les fué traducida en algonquin, fué recibida con aclamaciones. Se confirmó, segun los usos de estas naciones y con presentes hechos de una y otra parte, el empeño que acababan de contraer las diferentes tribus, y se levantó en el mismo punto una cruz, con las armas de Francia encima. Era una toma de posesion, hecha en nombre de la religion cristiana y de la corona.

La facilidad con que se adhirieron las naciones del Canadá á la invitacion de ponerse bajo la proteccion de los reyes de Francia, prueba que habian estado habitualmente satisfechas de sus relaciones con los Franceses. Los gobernadores del Canadá, Champlain, Montmagny, Courcelles, habian agasajado á estas tribus, las habian ayudado con buenos oficios, y muchas veces se habian constituido en mediadores de sus disputas; el Francés se plegaba á sus costumbres; y acaso la viveza de su carácter, el libre vuelo que da á sus sentimientos, la flexibilidad con que se presta á las diferentes situaciones de la vida, contribuian á aumentar la intimidad entre las dos naciones; pero otras causas de reconciliacion influyeron de un modo mas sensible.

Para atraer á las tribus salvajes, para conocer mejor sus hábitos, y para prepararlas para la civilizacion, se empleó, desde la época del descubrimiento, el auxilio de los misioneros, y se unieron muchos á las primeras espediciones hechas en las regiones del oeste. Los padres Allouez, Dablon, Mesnard, Marquette y Hennepin se señalaron por sus trabajos y celo apostólico en una carrera tan

llena de escollos. Fenelon hizo entre los salvajes del lago Ontario el primer ensayo de esa elocuencia persuasiva que debian un día admirar las naciones cultas.

Los misioneros eran eclesiásticos ó relijiosos designados por sus obispos ó por los jefes de su orden. Muchas veces por solo su voluntad no hubieran tomado sobre sí funciones tan penosas; pero las desempeñaban por piedad, devocion, y como un soldado obedece valerosamente la orden que ha recibido.

Desde luego trataron de conocer á los hombres sencillos que querian ilustrar: se esforzaron en aprender su idioma, y fueron á vivir en medio de ellos. El ascendiente que da la superioridad de la razon, entre hombres que se aproximan y pueden empezar á comprenderse, era el único medio que podian emplear; lo hicieron con feliz éxito. Los mas hábiles de ellos evitaban las cuestiones de dogmas á fin de ser comprendidos mejor. Dirijiéndose mas bien al corazón que á la inteligencia, tenían que salvar un intervalo menor; y para persuadir mejor al hombre sencillo, tal como la naturaleza le ha hecho, se mantenian á su alcance. Sus desvelos paternales, la sabiduría de sus consejos y la autoridad de sus ejemplos les hacian adquirir un poderoso imperio sobre aquellos pueblos salvajes, procuraban disuadirles de prácticas crueles y supersticiosas; fortificaban en medio de ellos los vínculos de familia ya formados por la naturaleza, y les inspiraban el amor al trabajo y el de llevar una vida mas sedentaria, sin la cual no puede haber una sociedad duradera.

La religion católica fué la primera predicada á los Indios del Canadá. Sus tribus han conservado mucho tiempo con un sentimiento de respeto, el recuerdo de los misioneros que fueron á establecerse en su pais. Les llamaban los hombres del rezo; creian que estaban en comunicacion con el gran Espíritu, y les atribuian la facultad de encantar. Su celibato era considerado como una virtud difícil; les hacia parecer mas despren-

didos del mundo, y como superiores á los demás hombres.

En estas misiones religiosas y sociales, solo se podía sacar partido por medio de una piedad dulce y de una moral pura. Nada estaba preparado para estos primeros apóstoles; era necesario buscar á los salvajes en los bosques, seguir sus penosas cazas, recorrer los rios en sus canoas, vivir en las mismas chozas y esponerse como ellos á todos los rigores de la miseria. Metiéndose los misioneros en medio de los Indios, hacian penetrar en ellos seguidamente los principios de la moral. Si se marchaban de una tribu, les prescribían ciertas reglas para que las siguiesen, hasta cuando pudiesen regresar á ella, para observar sus nacientes progresos y para instruirles mejor. Viajaban de una estacion á otra, y sembraban buenas obras, á fin de desempeñar dignamente las funciones de que estaban encargados.

¿Qué recompensa obtenian estos hombres piadosos por tantas privaciones y fatigas? en este mundo no podian buscarla, y su premio era de un órden mas elevado; lo hallaban en su conciencia, en el cumplimiento de los deberes que les estaban impuestos y en la idea de un Dios remunerador. Vivian humildemente, pasaban sobre la tierra sin ser percibidos, hacian bien con modestia, y preparaban al salvaje un mejor porvenir. Un misionero, que acompañaba algunas familias indias que abandonaban su pais devastado por los Iroqueses é iban á buscar otro establecimiento, escribia á su superior: «Nuestro convoy se compone de sesenta personas entre hombres, mujeres y niños, todos muy lánguidos. En cuanto á provisiones, están en manos del que alimenta á los pájaros del cielo. Parto cargado de mis pecados y miseria, y tengo mucha necesidad de que oren por mí.»

Por mas constancia y celo en sus esfuerzos que tuviesen los misioneros, tenian que superar grandes dificultades. Si con sus discursos persuadian á algunos Indios, esta conversion era muchas veces pasajera,

y los neófitos les eran arrebatados por la fuerza de los hábitos y por la furia de las pasiones que no tienen freno en el estado salvaje. «Puesto que habitamos, decian, un mundo diferente del vuestro, debemos tener otro paraíso y otro camino para llegar á él.» Se habia pegado fuego á la choza de un Indio anciano, y él contestaba al misionero que procuraba en vano convertirle y queria retirarle de las llamas: «Si estoy condenado al fuego eterno despues de mi muerte, no vale la pena de apagarlo hoy.» Era difícil cambiar las creencias y tradiciones de los salvajes; rara vez se hacian cristianos, pero á lo menos habia la esperanza de hacerles hombres.

La entrevista que acababan de tener los Franceses en el Salto de Santa María con los diputados de las naciones del Canadá dió lugar al establecimiento de otras muchas misiones. Las formaron en la isla y sobre la costa de Michillimackinac, situadas entre los lagos Huron y Michigan; se recorrieron las aguas de este último lago y de la Bahía Verde, y fueron enviados misioneros á sus riberas, en la que los Miamis tenian muchas tribus.

De este modo, avanzando hácia el oeste, se adquirian noticias sobre los paises mas lejanos, y por las relaciones de los Indios, se supo la existencia de un gran rio, que ellos llamaban Mechassébé. Dos hombres valientes é ilustrados emprendieron el reconocimiento de este rio y las comarcas que fertiliza: el uno era el P. Marquette, recoleto misionero, y el otro era Joliet, de Picardía, negociante establecido en el Canadá. Los dos conocian las costumbres de los Indios y sabian hablar el idioma de algunas tribus. Se embarcaron en el lago Michigan, llegaron á la Bahía Verde y subieron el rio de los Outagamis ó de los Zorros, cerca del cual habia un pueblo del mismo nombre. Despues de pasar una cadena de alturas que separa las vertientes del este y del oeste, llegaron al Wisconsin cuyo curso siguieron, y el 17 de junio de 1673 llegaron al Mississipi. Cuatro Indios que les acom-

pañaban en este viaje saludaron entónces al *Padre de las aguas*, ofreciéndole, como homenaje, flechas, calumetes, brillantes flores y espigas de maiz. Los salvajes veneran este rio; baña sus bosques, fertiliza los campos inundándolos; y cuando se irrita, cuando hincha sus aguas y roza sus riberas con impetuosidad, los Indios tambien le dan un culto mezclado de miedo; le reverencian como una potencia invencible, ante la cual debe ceder toda fuerza humana.

Entraron entónces los dos viajeros franceses en una gloriosa senda de descubrimientos; el uno, muy animado de un celo religioso, veia almas que conquistar para el cielo; el otro consideraba las ventajas que podría lograr la Francia de la adquisicion de una nueva comarca que se le representaba en toda su magnificencia, y que variaba y multiplicaba sus riquezas á medida que adelantaba hácia el mediodía. Ya no se veian, como en el Canadá, esos bosques inmensos y continuos que solo tenian por límites el horizonte; estaban divididos por vastos prados, cubiertos los unos de altas yerbas, y formando los otros húmedos valles, en el centro de los cuales crecian juncos, álamos blancos y sicomoros, en unos puntos aislados, y en otros reunidos en diferentes grupos. Bajando el rio, reconocieron los viajeros la entrada del Missouri, la del Ohío, la del Arkansas, en cuyo punto terminaron sus descubrimientos. Empezaban á faltarles las provisiones. Volvieron á la embocadura del Illinés, y subieron el curso de este rio hasta el pié de las alturas que le separan del lago Michigan. El P. Marquette fué á seguir entre los Miamis sus trabajos apostólicos, y Joliet vino á dar cuenta al gobernador del Canadá de los resultados de este viaje.

Cavelier de la Sale, natural de Ruan, se hallaba á la sazón en Mont-Real, donde habia formado un establecimiento de cultivo y de comercio. Habia hecho muchas escursiones entre los salvajes, estaba dotado de valor y constancia, tenia un jenio ac-

tivo, ejercitado, fecundo en recursos, y deseaba señalar su nombre con importantes descubrimientos. Su celo le hizo emprender el de las bocas del Mississipi; y despues de haber dado parte de su proyecto al conde de Frontenac, entónces gobernador del Canadá, pasó á Francia para prepararse á ponerle en ejecucion. La sabia política de Colbert protejia de un modo ilustrado el comercio y la navegacion; habia dado un impulso saludable á la administracion pública, y era fácil interesar á Luis XIV en todas las empresas grandiosas. Este monarca mandó poner á la disposicion de la Sale el buque, los hombres y las provisiones que deseaba. Le fué asociado el caballero de Tonti, oficial denodado que habia servido con honor en Sicilia, y los dos partieron de la Rochela, el 14 de julio de 1678. Llegaron á Quebec, y subieron hasta el lago Ontario, donde La Sale hizo poner en estado de defensa el fuerte de Frontenac, cuyo mando le habia concedido el rey. Era un puesto avanzado, destinado á cubrir sus posteriores operaciones, y un depósito para entablar el comercio con las nuevas rejiones que iba á reconocer. Hizo construir sobre el Ontario una embarcacion lijera, recorrió en toda su estension este lago, erigió un segundo fuerte á la otra estremidad, y multiplicó sus relaciones con las tribus vecinas, particularmente con los Senecas, mientras que construian en el lago Erié otra embarcacion, destinada á estender hácia el oeste la línea de navegacion que acababa de abrir. En el mes de agosto de 1679, se embarcó La Sale en el Erié con cuarenta hombres, entre los que se hallaba el P. Hennepin; llegó al estrecho que le separaba del lago Huron, recorrió esta nueva concha, y fué á la costa de Michillimackinac, desde donde penetró en el lago Michigan. Despues de haber reconocido la Bahía Verde, prosiguieron la navegacion hácia el sud, hasta la entrada del rio de San José. La Sale hizo erijir allí un fuerte; y cuando Tonti se le hubo unido con los demás hombres de su expedicion, subió el curso de este

rio y atravesó las alturas que le separaban de uno de los dos brazos del Illinés. Este camino, diferente del que había seguido el P. Marquette, presentaba á los viajeros los países mas fértiles. Penetró La Sale en los hermosos valles que baña el Illinés; levantó en sus riberas el fuerte Creve-cœur, estableció comunicaciones amistosas con los Indios, empezó el comercio de peletería cuyo privilegio esclusivo le estaba concedido, y mandó emprender un viaje hácia el Alto Missisipi antes de que recorriera él mismo sus valles inferiores. Su objeto era conocer bien las rejiones inmediatas á los grandes lagos, multiplicar sus relaciones con el Canadá, organizar entre los dos países un comercio fácil y regular. Se aseguraba mas la conservacion de sus descubrimientos, si podían unirlos de este modo por muchos puntos, á los países ya conocidos.

El P. Hennepin favoreció con celo estos proyectos, y el 18 de febrero de 1680, se embarcó este misionero en una canoa de corteza de árbol con otros dos Franceses; llegó á la entrada del Illinés, subió el Misisipi, y reconoció sucesivamente las embocaduras de los principales rios que desagüan en él; tales son el Wisconsin, el Chippeway y el rio Moin-gona y el de San Pedro. Un poco mas lejos interrumpió su navegacion una catarata de diez y siete piés de alto que ocupa toda la anchura del rio; recibió el nombre de Salto de San Antonio. Entónces fué preciso trasportar la canoa de corteza al alveo superior del Misisipi; y al navegar mas hácia el norte encontraron el rio de San Francisco, que subieron hasta el lago Isati, donde nace. Entónces ocupaban estos países los Sioux que hicieron prisioneros á los tres viajeros; pero niagun mal tratamiento experimentaron; hasta fueron adoptados por tres jefes de guerra que habian perdido sus hijos; y por muchos meses los siguieron en sus cazas y sus navegaciones. Puestos por fin en libertad, bajaron el Misisipi hasta el Wisconsin, subieron este rio, llegaron en

un trasporte al de Outagamis que les condujo hasta la Bahía Verde, y fueron á Michillimackinac, por donde volvieron á Mont-Real.

El establecimiento principiado por La Sale entre los Illineses se hallaba entónces contrariado por la guerra que habia estallado entre ellos y los Iroqueses. Ya no estaban separadas ambas naciones la una de la otra por la de los Eries que los Iroqueses habian destruido, y estos se habian hecho desde esta victoria mas temibles y orgullosos; devastaron el país de los Illineses, les quitaron ochocientos prisioneros y separaron de su alianza á los Miamis, prontos ya á llevarles socorros. Amenazaban estas hostilidades á los mismos Franceses, que jeneralmente tenían que desconfiar de las disposiciones de los Iroqueses; y para ponerse al abrigo de sus incursiones, mandó La Sale erijir el fuerte de San Luis en un peñasco de doscientos piés de elevacion, que dominaba el curso del Illinés. Estos trabajos y los viajes que fué preciso hacer al Canadá para obtener levas de hombres y medios de defensa, le ocuparon un año entero; se embarcó luego con una escolta en un buque que habia mandado construir, y llegó al Misisipi el 2 de febrero de 1682. Al bajar el rio llegó á la embocadura del Arkansas, donde hizo un acto solemne de toma de posesion; prosiguió hasta el golfo de Méjico el curso de su navegacion, y se dió el nombre de Luisiana á las vastas comarcas que riega el Misisipi.

Los lagos Itasca y Ossowa, principales manantiales de este gran rio, se hallan situados en esta cadena de alturas que se estiende entre el lago Superior y las montañas peñascosas separando las vertientes del norte de las del mediodía. Solo están elevados estos manantiales mil quinientos piés sobre las aguas del mar, y esta diferencia de nivel, repartida en todo lo largo del rio, no da una inclinacion mediana de seis pulgadas por milla. Así es que las aguas solo corren dos millas por hora desde el Salto de San Antonio hasta la entrada del Missouri; pero

el impetu de la corriente de este último rio da al del Misisipi un movimiento mas veloz. Las vastas llanuras que recorre siguiendo su curso estan cortadas de distancia en distancia por alturas cónicas que parecian aisladas para el viajero colocado en el rio, pero que solo son estrechos de otros tantos machones, prolongados hasta las cadenas de montañas mas lejanas. Estas alturas, designadas con el nombre de *blufs*, parecen erijidas á cada lado del rio como grandes límites miliarios, entre los que describe sus vueltas y revueltas; la corriente va oblicuamente de uno á otro límite, y al serpentear por este estenso valle, acumula en sus márgenes una gran cantidad de cieno.

El Misisipi recibe por medio de los numerosos rios que desagüan en él, todas las aguas de las dos grandes cadenas de montañas que cercan por ambas partes este inmenso valle, al oriente bajo el nombre de Alleghanis, y al occidente bajo el de Cordilleras. El Missouri es el mayor de los rios que le llevan su tributo; nace de las montañas peñascosas mucho mas elevadas que las llanuras orijinarias del Misisipi. Admírase uno al ver la esterilidad del suelo en estas elevadas rejiones; pero á medida que uno se aleja de ellas, los bosques ocupan ambas riberas; vastas praderas se estienden al interior, adornadas de flores; y el Missouri recorre rápidamente estas tierras inclinadas, á cuyo extremo se encuentra el Misisipi.

El rio Blanco, el Arkansas, el rio Rojo, mucho mas corto que el Missouri, pero que nacen en altas montañas que están pegadas á la gran cadena de las Cordilleras, precipitan tambien sus aguas á través de largos valles, y las tierras que tienen en disolucion y que las hacen mudar de color, son arrastradas al Misisipi en cuyas orillas quedan depositadas. Toda la baja Luisiana se forma de estas tierras de aluvion; cavando ligeramente la tierra se encuentra agua, cavando algo mas, se encuentran criaderos de árboles enteros que parecen haber sido antiguamente ar-

rastrados por las olas. El alveo del rio está muchas veces cargado de esta clase de despojos; inmensos bosques orillaban una gran parte de su curso; los vientos habian derribado numerosos árboles; otros caian de vejez, ó las aguas que descarnaban las riberas los arrastraban con sus raíces. Estos restos flotantes recorrian el rio siguiendo su pendiente; y si encontraban algun obstáculo, se detenian; unos penetraban en el fango ó se hundian como estacas, otros se enredaban por la estrechidad de sus ramas caídas y descubrian sus raíces levantadas hácia la superficie. Los troncos detenidos en la tierra por estas ramas fibrosas y flexibles, conservaban su movilidad, y formaban otros tantos escollos que se mantenian sobre las aguas; estos restos, jeneralmente conocidos por el nombre de *snags*, de *planters*, embarazaban la navegacion; y los que llegaban hasta la embocadura del Misisipi depositaban en sus orillas crecidos montones de maderas entrelazadas, que favorecian la detencion del fango del rio y prolongaban hácia el mar la punta de sus riberas.

Esta accion continua de las aguas es aun mas sensible en el rio Rojo. Los árboles de los bosques inmediatos arrancados de raiz y conducidos al alveo se habian amontonado de tal manera que ocupaban toda la anchura; hasta se habian ligado los unos con los otros, se habian unido con las orillas y despues de haber formado en este rio una especie de balsa, habian interceptado y retenido sucesivamente los demás árboles conducidos por las aguas superiores. Este dique flotante, que lleva el nombre de *raft*, y que se ha ido engrandeciendo cada año, durante el trascurso de los siglos, ha usurpado y cubierto la superficie del rio Rojo, por muchas millas de largo; solo está unido á la tierra por los dos lados que tocan las orillas, y el rio, en cuyas aguas está suspendido, sigue oscuramente su curso, como si estuviera encerrado en un inmenso acueducto. El terreno que la cubre tambien parece haber mudado de naturaleza; todos estos árboles, caídos,

confundidos entre sí y descompuestos por el tiempo, han producido una capa de tierra vegetal y fecunda, donde los vientos han sembrado semillas, donde otros árboles se han arraigado, y donde la humedad también desarrolla los principios vitales.

Semejantes fenómenos nos han parecido dignos de ser mencionados; caracterizan el estado salvaje en que estas naciones han estado sumerjidas; aun debe pasar allí la industria humana; y cuando el trabajo habrá desmontado estas orillas y las habrá protejido con diques á propósito para impedir nuevas devastaciones, estos árboles flotantes, sus restos, sus escollos cesarian de poner trabas á la navegacion de diferentes rios á donde deben concurrir un día tantas riquezas.

Al subir el Misisipi y el Illinés para volver al Canadá, los Franceses pudieron notar los recursos que la Luisiana debía ofrecer al comercio, al cultivo y á la navegacion. Estaban admirados de su estension y hermosura; desde la embocadura del gran rio hasta el Arkansas habian encontrado numerosos bosques de cipreses, cuyos árboles, elevándose en columnas derechas hasta mas de ochenta piés, estendian horizontalmente sus ramas: los pinos de las mismas rejiones eran firmes, elásticos, propios para servir de arboladura; los robles verdes de la baja Luisiana eran igualmente propios para todas las construcciones. Se notaban otras clases de robles desconocidas en Europa; el arce dulce prosperaba en las rejiones medianas; el sicomoro era el árbol mayor de los bosques del oeste; adquiere á veces proporciones gigantescas, y su tronco tiene hasta doce piés de diámetro; apetece la tierra húmeda y crece á lo largo de las corrientes de agua con que riega sus raices. Muchas veces el corazon del árbol se descompone y se abueca; pero la vida que le queda se desarrolla aun bajo su corteza y en las capas del libro; circula allí abundantemente la savia, y este enorme tronco mutilado por el tiempo, no se des-

poja de sus ramas estendidas y de su verde ramaje.

Se puede reconocer que la Luisiana producía muchos árboles frutales con pepitas, pulpas y huesos; que tenia en sus países meridionales naranjos, olivos, palmeras, plátanos; que todas las plantas de Europa podian encontrar en sus rejiones mas elevadas temperaturas y esposiciones convenientes. Los rebaños salvajes buscaban la balluca, que los viajeros notaron en todas las praderias superiores; hasta los mismos cazadores indios encontraban en ella un suplemento de subsistencias; y el nombre de esta planta se hizo el de una nacion entre la cual se observaba su uso; esta nacion era la de los Menomios que ha continuado ocupando una parte de los territorios situados entre el Lago Superior y el Michigan.

El conocimiento de las principales especies de animales interesaba á La Sale tanto mas cuanto que se habia ocupado particularmente en el tráfico de las pieles; habia hecho numerosos envíos de ellas al Canadá; y este jénero de comercio aseguraba importantes beneficios en un tiempo en que las colonias europeas solo ocupaban algunas línea de territorio y en que los inmensos bosques del Nuevo Mundo ofrecian innumerables abrigos á sus huéspedes.

El wapiti, las diferentes castas de ciervos, con cuernos ramosos ó palmeados, recorrian los valles y las llanuras de la Luisiana; el *original*, especie de alce cuya cornamenta es muy ancha, se hallaba sobre todo en las comarcas del norte; numerosas poblaciones de castores construian allí sus habitaciones en las orillas de los lagos y los rios, que tenian una doble salida sobre el agua y sobre la tierra; el oso, la zorra, el corzo, habitantes nómados de las mismas llanuras, se perdian allí, se mezclaban confusamente; el acelote, el cugardo, menos fuertes que la pantera y el leon, con los que tienen semejanza, buscaban las cavernas mas salvajes (véase la lámina 27).

El animal mas notable y mas jene-

ralmente conocido era el búfalo, que en un principio fué designado con el nombre de buey illinés. Su cabeza es fuerte y su aspecto salvaje; tiene anchas narices, cuernos sólidos, cortos, lijeramente arqueados; su cuello, su pecho están revestidos con espesos clines; sus hábitos son frujivoras; es huraño, pero inofensivo. Numerosos rebaños de búfalos estaban esparcidos en los países que se atravesaban; por todas partes habian permanecido libres, y el hombre no habia ensayado sojuzgarlos. Estos animales viven en sociedad; algunas veces se reunen en número de tres á cuatrocientos, cambian de comarca segun su estacion, y en invierno se aproximan á las rejiones del sur. Sus pastos son aquellas vastas praderias cuyas yerbas tienen cinco ó seis piés de elevacion; en ellas pasan la mayor parte del año, y durante los ardores del dia se retiran á los bosques de que se hallan cortadas aquellas praderias. Como viajan juntos, están bien trillados los senderos que siguen en fila unos tras otros; no les arredra el hallar corrientes de aguas: atraviesan á nado los rios y los lagos (véase la lámina 28).

En otoño sobre todo es cuando se hace la caza de los búfalos. Reúnen-se los salvajes en gran número al rededor de los pastos que ocupa un rebaño: pegan fuego á las yerbas mas inmediatas al circuito; pero dejan libres algunos pasos, y se emboscan en ellos algunos hombres armados con arcos y flechas para sorprender las bestias salvajes que, queriendo evitar la llama, se esponen á aquel nuevo peligro.

La costumbre de incendiar las praderias ha hecho reconocer á los Indios que este uso, practicado todos los años, era á propósito para favorecer el brote de una yerba mas tierna y sustanciosa, limpiando la tierra y cubriéndola con una capa lijera de ceniza. Así es que en todas las llanuras se ha adoptado jeneralmente la misma costumbre: ella conserva á los animales pastos siempre abundantes, y los salvajes conocen perfectamente el arte de quemar anualmente aquellas plantas, limitando á

su antojo la estension de aquella devastacion. Ponen fuego á la estremidad de una praderia, y en muchos puntos á un mismo tiempo, de modo que se forma un largo rastro de llama que se avanza mas ó menos rápidamente quemando poco á poco todas las yerbas; sus progresos se estienden mientras encuentran pábulo; y si se llega á temer que se comunique á otros pastos que querrian reservarse todavía, se le opone una fuerza semejante ejecutando un nuevo incendio en el otro extremo. Las dos líneas de fuego se aproximan á medida que avanzan; todo cuanto las separaba se consume, y este doble fuego se estingue á su vez sobre las mismas yerbas que ha devorado.

Las observaciones que La Sale tuvo en estado de recojer sobre las rejiones que habia descubierto y sobre la direccion jeneral de sus rios, le hicieron reconocer que era necesario hacer de la embocadura del Misisipi la entrada principal de la Luisiana, y que llegando á esta colonia por el golfo de Méjico, se aseguraria comunicaciones mas directas con la metrópoli. Siguióse con actividad el proyecto de ensayar aquella expedicion marítima. La Sale, de vuelta ya de Quebec, hizo un viaje á Francia, donde fueron bien acogidas sus proposiciones; obtuvo del rey el equipage de cuatro navíos, en los que se embarcaron doscientas y ochenta personas destinadas á formar el primer establecimiento. Este número se componia de soldados, de labradores, de obreros y de algunas mujeres jóvenes, primera esperanza de duracion de la colonia. Beaujeu mandaba la escuadra, y La Sale debia mandar la expedicion de tierra; mas la falta de intelijencia que estalló entre los dos jefes fué funesta para esta empresa. El 28 de diciembre de 1684, habian llegado á los parajes que debian explorar; mas se creia que las corrientes del golfo habian hecho derivar hácia el este, y que solo habian llegado á la bahía de Apalache. En esta persuasion, navegaron hácia el sudeste, para buscar la embocadura del Misisipi, sin reparar en algunos indicios que hubie-

ran podido hacerla reconocer, si no se hubieran creído todavía muy distantes de ella y si hubieran costado desde mas cerca. La Sale, sospechando por fin su error, quiso retrogradar; el comandante de la escuadra no fué del mismo parecer, y se obstinó en proseguir su navegacion hácia el occidente, hasta la entrada de la bahía de San Bernardo, donde desembarcaron los hombres de la expedicion y una parte de las municiones de guerra que estaban destinadas para ellos.

En sus primeras comunicaciones con los salvajes, reconoció La Sale las costumbres, las facciones, las armas, la forma de las canoas que habia notado muchos años antes cuando bajaba el Misisipi. Aquellas analogías le hicieron presumir que no se hallaba muy distante de él; mas no le quedaba ningun arbitrio de llegar á él por mar, porque la única embarcacion que le habian dejado antes de trasportar las demás á Francia, la habia estrellado una tempestad contra la costa: no pudo pues dirijir sus investigaciones mas que en el interior de la comarca, y pensó en establecerse en ella por de pronto. Construyéronse dos fuertes sucesivamente, uno en la entrada de la bahía, y otro á dos leguas dentro de las tierras, cerca del rio de los Bueyes, sobre una ladera desde donde se descubrian vastos prados, y donde abundaban los recursos de la caza y pesca. Solo durante algunos meses ocuparon el primer fuerte, y en el segundo reunió La Sale todos los hombres que le quedaban; ya habia perdido un gran número á causa de las enfermedades ó la desercion, y en algunos encuentros con los salvajes.

Habiase concertado otra expedicion con la de La Sale, y mientras que él penetraba en la Lusiana por las costas del golfo de Méjico, Tonti abandonaba la comarca de los Illineses y bajaba el Misisipi hasta su embocadura, con la esperanza de reunirse con él. Esperóle durante algunos meses, y despues de haber hecho costear ambas orillas del golfo por dos botes que las visitaron hasta treinta leguas de distancia, volvió á subir el rio y á establecerse en el fuer-

te Crevecoeur, de donde habia salido. Algunos de los hombres que le acompañaban se separaron de él; los unos se fueron con los Cenís, los otros con los Arkansas, y los diferentes sitios donde se fijaron fueron la cuna de muchos establecimientos franceses.

Abandonado La Sale á sus solos recursos, se sostuvo durante dos años en la costa inhospitalaria en que habia abordado. Los Indios eran allí mas feroces que en el interior; muy á menudo se vió espuesto á sus agresiones. Hizo algunos ensayos de cultivo que la sequedad hizo abortar, y las bestias salvajes destruyeron otras plantaciones. Fué pues preciso vivir de la caza ó de los frutos espontaneos de la tierra. Aumentáronse las necesidades de la colonia; la miseria escitó en ella el descontento, y La Sale, en vez de atraer los ánimos, solo pensó en hacerse temer.

Superior á todas las fatigas, hizo viajes penibles para reconocer las comarcas vecinas, visitar todas las riberas de la bahía de San Bernardo, y buscar el curso del Misisipi. Su primera expedicion, en la que descubrió el rio de las Cañas, el Rio Colorado, la Sabloniere, la Maligna, duró mas de cinco meses. Hizo otra expedicion con la esperanza de prolongar sus descubrimientos, y en cada uno de estos viajes perdió mas de la mitad de los hombres que le habian seguido. Tantos peligros y penas aumentaban las murmuraciones de una colonia que decaía cada dia mas: ya no se componia mas que de treinta y siete personas, á principios de 1687, cuando la Sale partió con una comitiva de diez y seis hombres para ir al pais de los Cenís. No viajaban juntos; la obligacion de cazar para alimentarse les forzaba á repartirse en diferentes grupos, y el jefe de la expedicion no podia ya mantener los vínculos de la disciplina y del deber. Habiéndose uno de sus sobrinos encolerizado violentamente contra algunos hombres que le acompañaban, esperaron estos el momento de su sueño para asesinarle; dos hombres empleados en su servicio dormian á su lado, ambos tuvieron la misma suerte, y los asesinos esperaron la impu-

nidad cometiendo otro crimen. Inquieto La Sale con la ausencia de su sobrino, que hacia ya dos dias que se habia separado de él, iba á la descubierta, siguiendo una misma direccion: los culpables se emboscaron para esperarle; uno de ellos le mató de un arcabuzazo, y un misionero y un salvaje que le seguian recibieron su último suspiro. Este acontecimiento funesto acaeció el 20 de marzo de 1687, y con él quedó destruida toda esperanza de establecimiento. Los amigos de La Sale estaban llenos de dolor y de indignacion: querian vengar su muerte; mas el cura Cavalier, su hermano, les conjuró que dejasen á Dios su venganza, la que no tardó mucho tiempo en ejecutarse. Dos asesinos fueron muertos en una disputa con sus cómplices; otros dos se separaron voluntariamente de una comitiva donde los miraban con horror; y siete personas que pudieron escapar de aquella catástrofe, continuaron su viaje á los Cenís, Natchitoches y demás tribus indias. Obtuvieron de cada nacion el calumete ó pipa de paz con el cual podian pasar con seguridad; y cuatro meses despues de la muerte de La Sale, llegaron hasta la embocadura del Arkansas. Una cruz y una habitacion europea hirieron entónces sus miradas: dos Franceses de la expedicion de Tonti se habian quedado allí: y su presencia y el aspecto de un rio frecuentado ya reanimaron la confianza de los viajeros. Subieron la corriente del Misisipi y la del Illinés, hasta el fuerte San Luis, donde pasaron el invierno, y atravesando en seguida los grandes lagos, vinieron á concluir en Mont-Real y en Quebec aquella desgraciada expedicion.

El fuerte construido por La Sale al norte de la bahía de san Bernardo habia sido atacado por los salvajes poco tiempo despues de su salida, y los Franceses que se hallaban en él habian sido asesinados con inhumanidad, escepto cinco niños de quienes se compadecieron por su tierna edad. Estos pasaron en seguida entre las manos de los Españoles; nueve años despues, se hallaban en un navío de aquella nacion que fué capturado

por el caballero Desangiers, y á su vuelta á Francia supieron los detalles de sus desgracias.

La Francia no se ocupó de la Luisiana durante muchos años. No se tomaron ningunas medidas para mantenerse en el establecimiento que La Sale habia principiado, ni para fortificar las colonias recientes que se habian formado cerca del Arkansas, del Missouri y del Illinés. La guerra retenia en Europa las principales fuerzas del gobierno, y descuidaban de tal modo aquellas posesiones lejanas, que habitualmente se hallaban reducidas á sus solos recursos. Así es que no estaban defendidas mas que en un pequeño número de puntos, demasiado distantes los unos de los otros para ayudarse mutuamente. El cultivo se hallaba encerrado en límites muy estrechos, y no ponian en valor mas que algunos territorios. El comercio de la peletería experimentaba menos trabas, y parecian inagotables unas comarcas tan vastas: mas esta especie de cazadores europeos, conocidos con el nombre de Corredores de bosques, llegó ser la plaga de un comercio que era útil abandonar á los salvajes: una emulacion desastrosa apresuró la despoblacion de los bosques, arrebató prontamente á los Indios una parte de sus medios de existencia, y de los objetos de cambio que podian ofrecer á los extranjeros.

El descubrimiento de las riberas del Misisipi vino tambien á cambiar la situacion de todas las tribus salvajes establecidas al oriente de este rio. No tardaron en hallarse rodeadas de una línea de colonias extranjeras, y cada una de aquellas tribus perdió una parte de su territorio por efecto de una primera invasion. Este sacrificio les fué menos sensible en un principio, y cuando los extranjeros no ocupaban mas que un pequeño número de puestos esparcidos; mas desde que necesitaron provincias enteras, los Indios, condenados á perder las comarcas que les alimentaban, no tuvieron mas recurso que hacerse conquistadores á su vez y desposeer á las naciones mas débiles. El inevitable efecto de las guerras que